

AGENDA CIUDADANA

PROCESO INTERNO Y SOBERANÍA

Lorenzo Meyer

Una Defensa que no Funcionó.- A raíz de la agudización de la violencia que desde hace años azota a las comunidades indígenas de Chiapas, diferentes actores de la comunidad internacional, desde jefes de Estado --William Clinton o el Papa-- y parlamentos --el europeo o el italiano--, hasta comentaristas de prensa, organizaciones defensoras de los derechos humanos o simples manifestantes en las puertas de embajadas o consulados mexicanos, han expresado su posición sobre la forma como el gobierno de Ernesto Zedillo esta enfrentando ese problema. A la avalancha de juicios externos --severos algunos de ellos--, se le enfrentó el tradicional muro de contención de la soberanía. Sin embargo, esta vez esa defensa gubernamental resultó inefectiva. Política y moralmente fue rebasada.

La Relatividad de la Soberanía.- Desde la perspectiva oficial mexicana, las posiciones y acciones de gobiernos y organizaciones extranjeras en relación a Chiapas, deben enmarcarse dentro del respeto a la soberanía y autodeterminación mexicanas. Pero en este fin de siglo, soberanía y autodeterminación ya no se aceptan como escudos contra violaciones de derechos humanos. Por otro lado, en la práctica, ambos principios son relativos, y sólo son efectivos en la medida en que quien los invoque tenga la capacidad para hacerlos efectivos. Y en Chiapas, el gobierno mexicano esta perdiendo, o de plano ya perdió, esa capacidad.

Aunque lo pretenda o intente, en el sistema internacional ningún estado ha podido aislar sus procesos internos de la influencia externa. El grado en que esa influencia afecte a los actores nacionales --gobierno o partidos, empresas o grupos-- depende de la posición relativa del país en la estructura internacional de poder, de la naturaleza de sus sistemas político y económico y de la coyuntura histórica.

Desde su origen mismo como parte del sistema internacional, los procesos políticos mexicanos han estado influidos, y a veces determinados, por el factor externo. ¿Qué tan determinados? Eso ha dependido mucho de la fuerza o debilidad del sistema político, de la solidez de la economía y de la capacidad del liderazgo, así como de los intereses de las grandes potencias con las que México ha interactuado.

El Inicio.- Como toda colonia importante, la vida política mexicana del siglo XVI a principios del XIX, particularmente en sus niveles más altos, estuvo sobredeterminada por los intereses, necesidades, decisiones y avatares de la metrópoli. Es claro que las peculiaridades de la sociedad indígena y los intereses de los grandes señores de la Nueva España --conquistadores, terratenientes, mineros, comerciantes--, forzaron al monarca y a la burocracia española a amoldar sus instituciones, instrucciones y preferencias, a la realidad americana, pero en general fue la sociedad colonial la que, de grado o por fuerza, se amoldó a las prioridades de los intereses radicados al otro lado del mar Atlántico. En cualquier caso, al carecer de autodeterminación, la sociedad novohispana tenía una estructura de autoridad que casi era hechura de otros: virreyes, oidores, alcaldes (algunos), intendentes, visitadores, etcétera, eran nombramientos de un poder ajeno, y en relación al cual los naturales de la Nueva España tuvieron poco o nada que decir. Sólo al nivel más bajo, en los pueblos, la autoridad tenía un origen local pero siempre subordinado.

En teoría, la esencia de la independencia lograda en 1821 cambió totalmente la situación anterior, pues finalmente la soberanía quedó en el pueblo mexicano, pero la gran debilidad de la nueva estructura política y la agresividad de las potencias, hizo que el ejercicio de esa soberanía resultara difícil y, a veces, imposible. Desde el inicio, norteamericanos e ingleses se inmiscuyeron, por la vía de las logias masónicas, en las pugnas de la nueva clase gobernante. Un grupo monarquista siempre mantuvo contactos

con, y abrió la puerta a, potencias europeas. El separatismo texano, que jugó un papel tan determinante en la pérdida territorial, fue un movimiento de clara influencia norteamericana. La política de endeudamiento y gasto de los primeros gobiernos estuvo muy determinada por la necesidad de crear un ejército que defendiera a la nueva nación de la reconquista española (expedición de Barradas), pero ese endeudamiento resultó una piedra de molino en el cuello de los gobiernos mexicanos hasta los años ochenta del siglo pasado, y limitó su libertad de acción, como bien lo experimentó Juárez frente a la expedición tripartita de 1861-1862.

La peor frustración de México en la defensa de su soberanía fue la guerra de 1847 contra los norteamericanos. Ese desastre se debió tanto a la superioridad del enemigo como a la increíble debilidad del sistema político, pues la pugna entre las facciones hizo imposible la unidad de la acción defensiva.

La guerra civil que se inició con la caída de Santa Anna en 1855 y que habría de prolongarse por más de veinte años, tuvo efectos tan desastrosos sobre la soberanía como el tratado Mc Lane-Ocampo de 1859 o la expedición francesa para poner y sostener al imperio de Maximiliano de Habsburgo entre 1864 y 1867.

Con la República Restaurada, el gobierno de Benito Juárez recuperó una buena parte de la soberanía perdida. Sin embargo, todavía cuando Porfirio Díaz asumió el poder, su viabilidad dependió en mucho del factor externo, pues el gobierno norteamericano le negó el reconocimiento en tanto no demostrara que podía cumplir con el pago de las reclamaciones y controlar el desorden en la frontera. La política de préstamos forzosos de la época y los grandes, costosos y peligrosos movimientos de tropas hacia el norte, estuvieron determinados por la presión externa: si Díaz no recibía el reconocimiento diplomático de

Washington, sus enemigos --Lerdo e Iglesias-- podían lograr el apoyo norteamericano en su intento de recuperar el poder.

Control, Descomposición e Independencia.- El largo gobierno del general Díaz -- una dictadura oligárquica de tres decenios-- logró el primer período significativo de estabilidad desde el inicio de la guerra de independencia. Aunque la visión de sus vencedores, los revolucionarios de 1910, fue la de un Díaz al servicio de los extranjeros, en realidad el general oaxaqueño logró una independencia relativa superior a la de todos sus antecesores. La clave fue su férreo control sobre los procesos políticos, pues así evitó que las fuerzas externas siguieran aprovechando las debilidades y contradicciones de las facciones para llevar agua a su molino. Sin embargo, en la misma fórmula autoritaria del éxito estaba la semilla del fracaso final. En efecto, la dictadura personal nunca pudo encontrar la manera de diseñar una transmisión pacífica del enorme poder que había concentrado, y al final todo el tejido político se escapó del control de Díaz y se inició la Revolución de 1910. México pasó entonces, de golpe, de la tranquilidad de las fiestas del Centenario a la descomposición política total, y de nuevo se abrieron las puertas a la acción externa sobre los procesos internos del país.

Como bien lo ha señalado la historiadora Berta Ulloa, la mexicana fue una revolución intervenida. El gran interventor fue Estados Unidos --presionó a Díaz con tropas en la frontera, luego presionó a Madero y facilitó el golpe militar en su contra, después se negó a que el general Victoriano Huerta permaneciera en el poder, a Carranza lo apoyó pero también lo presionó y lo amenazó, a Obregón lo desconoció para obligarle a firmar los acuerdos de Bucareli y a Calles lo confrontó hasta hacerle cambiar la ley petrolera y el sentido mismo de su proyecto--. Inglaterra hizo lo que pudo para lograr que regresaran a México las formas conservadoras y dictatoriales de Díaz. Alemania primero apoyó a

Victoriano Huerta y luego, cuando estalló la I Guerra Mundial, buscó provocar a que Estados Unidos para que invadiera a México con la absurda esperanza de que así evitaría que Washington enviara tropas al frente europeo. Fue por ello que Berlín intrigó con el Huerta del exilio, luego con Villa y finalmente le ofreció a Carranza una alianza para a cambio de que se lanzara a la guerra contra Estados Unidos, ofrecimiento que Carranza uso en su favor pero sin llegar a cometer el suicidio que pretendía Berlín.

Estabilidad e Independencia Relativa.- la estabilidad que ganó el nuevo régimen con la incorporación de las masas que logró el presidente Lázaro Cárdenas en los años treinta, permitió al gobierno recuperar la soberanía perdida e incluso ampliarla. En la II Guerra Mundial, México pudo poner sus condiciones en la alianza con Estados Unidos. Igualmente, el país sorteó la Guerra Fría sin que Washington se metiera, como si lo hizo en muchos otros países de América Latina, a jugar en el ajedrez interno sus propias piezas: el apoyo obscuro a los militares, de Castillo Armas a Pinochet; y logró lo anterior a pesar de que en determinados momentos el gobierno mexicano disintió de las líneas marcadas por el Departamento de Estado (no firmó un acuerdo de cooperación militar con Estados Unidos, tomó distancia de la OEA y no rompió con Cuba, recibió al general De Gaulle, dio apoyo político a los insurgentes centroamericanos, auxilió política y económicamente al sandinismo, se negó a recibir por segunda vez al depuesto Sha de Irán, etcétera). Por su parte, Estados Unidos nunca le exigió a México cumplir en verdad con los estándares democrático, ni dijo nada cuando tuvieron lugar las matanzas de 1968 o 1971 y dio por buena la elección fraudulenta de 1988.

El Cambio.- El autoritarismo postrevolucionario no tuvo el Talón de Aquiles del porfirista --manejó muy bien la transmisión del poder por la vía de un partido de Estado y la no reelección-- pero tuvo otros igualmente importantes: su corrupción, el mal manejo de la

economía y su resistencia a ponerse a tono con las corrientes mundiales de la “tercera ola” de la democracia.

La corrupción tradicional, al conectarse con el exterior por la vía del narcotráfico, abrió un enorme boquete en el costado de la independencia relativa. Cada vez más, a ojos norteamericanos, el gobierno mexicano se encuentra a prueba en materia de la lucha contra el narcotráfico. Los errores y la corrupción en el manejo de la economía llevó, desde 1976 a la fecha, de una crisis a otra, y en cada ocasión el rescate norteamericano disminuyó la libertad de acción del gobierno mexicano. Y ahora Chiapas.

Chiapas.- La descomposición del tejido político y social chiapaneco, es un proceso que viene de lejos, pero lo puso al descubierto y lo aceleró, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Finalmente ese estado, “a donde nunca llegó la revolución”, resultó ser la parte más delgada del hilo autoritario, pero el mal, con diferentes grados de intensidad, esta en todo el cuerpo político.

Para detener esa descomposición, para retornar a una situación de control y estabilidad tanto en Chiapas, como en el sur mexicano y en el sistema político en su conjunto, debe descartarse la solución de fuerza o el retorno al monopolio del poder, y decidirse a dar el gran salto adelante: transformar al régimen mismo y construir una nueva legitimidad, Esa legitimidad no puede ser más que democrática. Sólo así la Unión Europea no condicionará la firma del tratado de libre comercio con nosotros o el Papa dejará de referirse a Chiapas en sus sermones. Una realidad democrática facilitará la urgente reconstrucción jurídica y la materialización del Estado de Derecho. Así, y sólo así, se detendrá la hemorragia que esta debilitando a nuestra soberanía y destruyendo el proyecto nacional.